

POR primera vez en la historia del periodismo, las musas helénicas se han prestado a hacer unas declaraciones a un reportero de prensa.

Las musas, al vernos llegar, han arropado sus senos desnudos, porque uno no es de piedra, y ellas lo saben, y ya no es tiempo de Pericles y Platones. Me dirijo sin preámbulos a la que tengo más a mano:

—¿Qué se siente —preguntamos a Clío— al ser musa de la Historia?

—Se siente vergüenza y cansancio. Y procure ser breve, porque precisamente ahora estaba pasando a limpio el lío ese de Vietnam, que me está volviendo loca.

—¿Algunas palabras para nuestros lectores españoles?

—Hace siglos que no visito España, y eso que tengo muchas ganas de conocer esas magníficas playas de las que se habla y no se para. ¡A ver si algún día Júpiter se decide a organizar un vuelo «charter»!

La musa de la Danza se muestra más simpática que Clío al saber que somos españoles.

—Muchos recuerdos a Antonio —nos dice Terpsicore—. Ya debe estar muy mayor, ¿no?

—¡Qué va! —respondemos—. Está hecho un pimpollo.

—Pues hace mucho que no leo nada en «Pueblo» de él, ni de Gades, ni de las brujas flamencas.

—Los conflictos laborales, que comen mucho papel —le explicamos—. ¿Sabía que ha estado enferma Lola Flores?

—No me hable usted de la Lola, que un día vino aquí con no sé qué asunto de la Cruz Roja y nos armó un lío tan tremendo para que la nombrasen marquesa del Parnaso, que todavía se nos hiela la sangre al recordarlo.

Talia se acerca al grupo. Está un poco alicaída.

—¿Crisis? —preguntamos a la musa del Teatro.

—¿Crisis dice usted? ¡Estoy que reviento! Hace más de diez años que no trabajo, ¡porque no vayan ustedes a creer que yo tengo algo que ver con ese tal don Alfonso Paso, que anda estrenando por su tierra una comedia cada día!

—Ya no —le aclaramos.

—No lo sabía, porque, como le he



Clío.



Terpsicore.



Calliope.



Talia.



Erato.



Euterpe.



Urania.



Melpómene.

¡¡EXCLUSIVA MUNDIAL!!

SENSACIONALES DECLARACIONES DE LAS MUSAS A «HERMANO LOBO»

dicho, apenas estoy al tanto del teatro en su tierra desde que murió Lope de Vega. ¡Ese sí que era todo un Guillermo Shakespeare!

Erato, musa de la Poesía Amorosa, está también un poco triste.

—¿Cómo no voy a estarlo —nos confiesa cariacontecida—, si ya no sé para lo que sirvo? Con eso de que ahora las mocitas se desbragan por un quitame allá esas pajas, no hay tío que se decida a escribir poesías amorosas. Y, además, tienen razón. ¿Para qué?

—Bueno —aclaramos—, eso será en el extranjero, porque en mi Patria todavía queda pudor, vergüenza torera y lo que hay que tener.

—¡Calle, calle! No me tire usted de la lengua, que luego sube aquí su Junta de Censura en pleno y nos pone verdes a todas.

Nos queremos acercar a Euterpe, musa de la Música, pero las otras musas nos hacen señas para que no la molestemos.

—Es inútil que le hable usted. Desde hace años no oye nada, por culpa de los conjuntos musicales que proliferan por ahí abajo. Se metió unos tapones en los oídos, y no hay manera de que se los quite.

Nosotros insistimos, a pesar de los consejos recibidos, y escribimos el nombre de Manolo Escobar en una cuartilla y se lo enseñamos a Euterpe. Al verlo, la pobre musa sale huyendo, lanzando un lastimoso alarido en «do» sostenido mayor.

—¿Ve usted lo que ha hecho? —nos reprocha Melpómene, musa de la Tragedia.

—No se ponga usted, así, mujer, que no es para tanto.

—No, sí para ustedes nada tiene importancia.

—Díganos, doña Melpómene —la interrumpimos—, ¿cuál es para usted la mayor tragedia de nuestro tiempo?

—Los precios —responde sin dudar, mostrándonos el contenido de la cesta de la compra—. ¿A que no sabe usted lo que me han costado estas chuletas de ternera y este trozo de queso, que, por cierto, está adulterado?

—No sé —calculamos—. ¿Sesenta pesetas?

—¿Manes de Sófocles! ¿Sesenta pesetas dice? ¡Seiscientos veintidós! Y huelva, huelva usted esta carne. Descongelada hace más de siete días.

Dejamos a la musa de la Tragedia tan llorosa como un ama de casa y nos acercamos a Urania, espléndida mujer, musa de la Astronomía.

—Díganos algo de España —le preguntamos.

—Es un magnífico país, donde la técnica americana de persecución de satélites artificiales está muy desarrollada.

—Bien. Eso es lo de menos. Lo importante en nosotros —son los luceros, las estrellas y cosas así.

—Sí, es cierto —admite la musa—, no cabe la menor duda de que están ustedes un poco por las nubes.

Y ya como final de la entrevista nos dirigimos a Caliope, musa de la Poesía Épica, que anda tocando el tambor con una mano y la rima con la otra. Nos hace un gesto de que no hablemos. Luego, con un acento deplorable, nos recita en francés eso de «Oigo Patria tu aflicción y escucho el triste concierto...».

A nuestra sorpresa responde con una sonrisa y una aclaración:

—Lo aprendí hace años en Zurich. Me lo enseñó un ingeniero español que trabajaba allá recogiendo zanahorias.

—¡Ah! ¡Claro!

Nos alejamos con melancolía de estas simpáticas musas, que han tenido la gentileza y la simpatía de recibirnos en su hermosa casa del Parnaso. Pero hay que volver a la Patria. La obligación es la obligación, y nosotros tenemos que entregar este material antes del cierre. Si no, ¿de qué?

GENOVEVO DE LA O

MOMENTOS ESTELARES DE LA HUMANIDAD



PONCIO PILATOS LAVÁNDOSE LOS PIES *el PERICH*



NOE APRENDIENDO A NADAR POR SI ACASO *el PERICH*



JAMES BOND RENOVANDO EL PAPEL HIGIENICO DE SU APARTAMENTO *el PERICH*